scan by Alan Vitale / mondocamp.com

25 metros, no muy profunda

Clase 0

Decidí practicar un deporte. De todas las opciones posibles, elegí Natación. Pensaba que el agua sería un modo de disolver mis problemas, si es que los tenía o los buscaba. Un día, salí de la oficina, un tanto cansada pero firme en mi idea, y me dirigí a un polideportivo, propiedad de madres escolapias, muy cercano a mi casa. Le pregunté a la recepcionista qué requisitos debía tener para inscribirme. "Estar saludable, pagar $50 por mes y dejar una foto 4 x 4", me dijo.

Clase 1

Al día siguiente, llevé mi primera cuota y una imagen de mí misma de cuando tenía 17 años. Pasé al vestuario femenino, me cambié y dejé mi bolso en un locker sin llave. En realidad, ningún casillero tenía candado. Y no había nadie alrededor para aclarar qué hacer con las pertenencias. De todas maneras, el lugar me parecía lo suficientemente confiable como para abandonar mis cosas al azar. Seguí, entonces, por el chequeo médico. Dedos y cabellos: bien. Por último, me coloqué bajo un chorro de ducha tibia, en un baño anterior al ingreso al natatorio. Una vez limpia, entré a la pecera envuelta en un toallón. Permanecí inmóvil en el borde de la pileta hasta que del agua salió un chico musculoso, lampiño, tostado, rubio, de ojos celestes, en sunga. "Me llamo Walter. Soy el profesor", se presentó. Le hice una mueca y quedé en malla enteriza, un tanto escotada para ser deportiva. Me puse el gorro de baño y las antiparras. "Mostrame qué sabés hacer", requirió Walter. "Claro", lo desafié. Bajé al agua por una escalera lateral y me ubiqué en un carril donde había dos varones entrenando. Me alejé, esmerando un perfecto croll. Al regresar, el profesor me estaba esperando en el borde, con las piernas ligeramente abiertas y las manos en las caderas. "Listo, pasá detrás de la soga", afirmó señalando hacia mi derecha. Y allí estaba, una anciana, haciendo gimnasia acuática, feliz en rehabilitación, junto a una instructora particular. No satisfecho con eso, Walter tiró a la pileta una tabla de plástico. "Hacé 10 largos, agarrada a esto", pidió. "Es para practicar la patada". Miré a la anciana y a su instructora, que parecían hacer todo en cámara lenta. También observé a los varones que ejercitaban a gran velocidad. Tomé la tabla y empecé a hacer los ejercicios. Pero casi al terminar la rutina, en medio del extenso carril, sentí un tirón en mi pie derecho, que flotaba en la profundidad. Blanca, me quedé inmóvil sin saber qué hacer para que el dolor pasara. "¿Querés que te traiga un café?", me preguntó el profesor. "No, me agarró un calambre", contesté. Y así fue que Walter clavó su cuerpo en la pileta, abrió el agua con la punta de sus dedos, nadó rápidamente por la profundidad y reflotó muy cerca de mí. Empuñó mi pie, comenzó a masajearlo y sentenció: "Te falta potasio. Tenés que comer más banana".

Clase 2

Llegué al vestuario. Nuevamente me puse la malla escotada. Guardé mi ropa de trabajo en el bolso y me dispuse a dejar todo en un locker sin candado. De la nada, salió una señora -muy probablemente la que cuidaba el lugar- y me comentó: "Hace un par de días robaron los casilleros que no estaban con llave. No se sabe quién fue. Por las dudas no guardes nada aquí". Y así fue que comencé a ingresar a la pecera con la mochila en la mano, envuelta en un toallón. Walter me saludó con un beso en la mejilla y me preguntó por mi calambre. Sin esperar indicaciones, bajé por la escalera lateral hacia el carril donde la anciana y su instructora

25 metros, no muy profunda

ya estaban practicando. Pronto se sumaron dos nuevos compañeros, Viviana y Sergio. Nos presentamos, hablamos de los límites de nuestras capacidades, nos pusimos la gorra y las antiparras, intentamos mantenernos a flote dando pequeños saltos en el agua. Walter arrojó, una vez más, tablas de plástico para cada uno, de modo tal que pudiéramos practicar la patada. Viviana y Sergio pronto llegaron a mitad de carril. Yo me quedé mirando a la instructora de la anciana, que llevaba una malla enteriza antigua que me llamaba la atención. Sólo dejé de observarla cuando el profesor me hizo volver a mí de un grito certero. Una nueva compañera se sumó al grupo: Gabriela. Walter nos enseñó a todos cómo hacer un correcto croll. Su cuerpo entero se movía, fuera del agua como si estuviera dentro. Todos intentamos imitarlo. "Parecés una momia", opinó sobre Gabriela. "¿Te sentís bien? ¿Querés que llame a una ambulancia?".

Clase 3

Walter llegó tarde a clase y no dio explicaciones por ello. Se desvistió en el natatorio, delante de todos, en silencio. Yo lo espiaba con el gorro mojado, la nariz sumergida y las antiparras al ras del agua. Viviana y Sergio flotaban moviendo los brazos, se conducían un tanto inquietos. Gabriela lucía cansada antes de empezar. El profesor agregó un estilo nuevo a la rutina: pecho. Nos mostró cada detalle, de frente y de perfil, en la superficie. "Ahora hagan 5 largos de estos y 5 de croll", exigió. Después, se tiró a la pileta con los brazos en punta y se unió a los varones que siempre entrenaban en el carril de los avanzados. La anciana y su instructora no asistieron. Concentrada, nadé pecho a una velocidad media y de manera sostenida hasta que noté que Walter tocó mi espalda. "Bien pero quebrá más el talón para ir más rápido", me aconsejó.

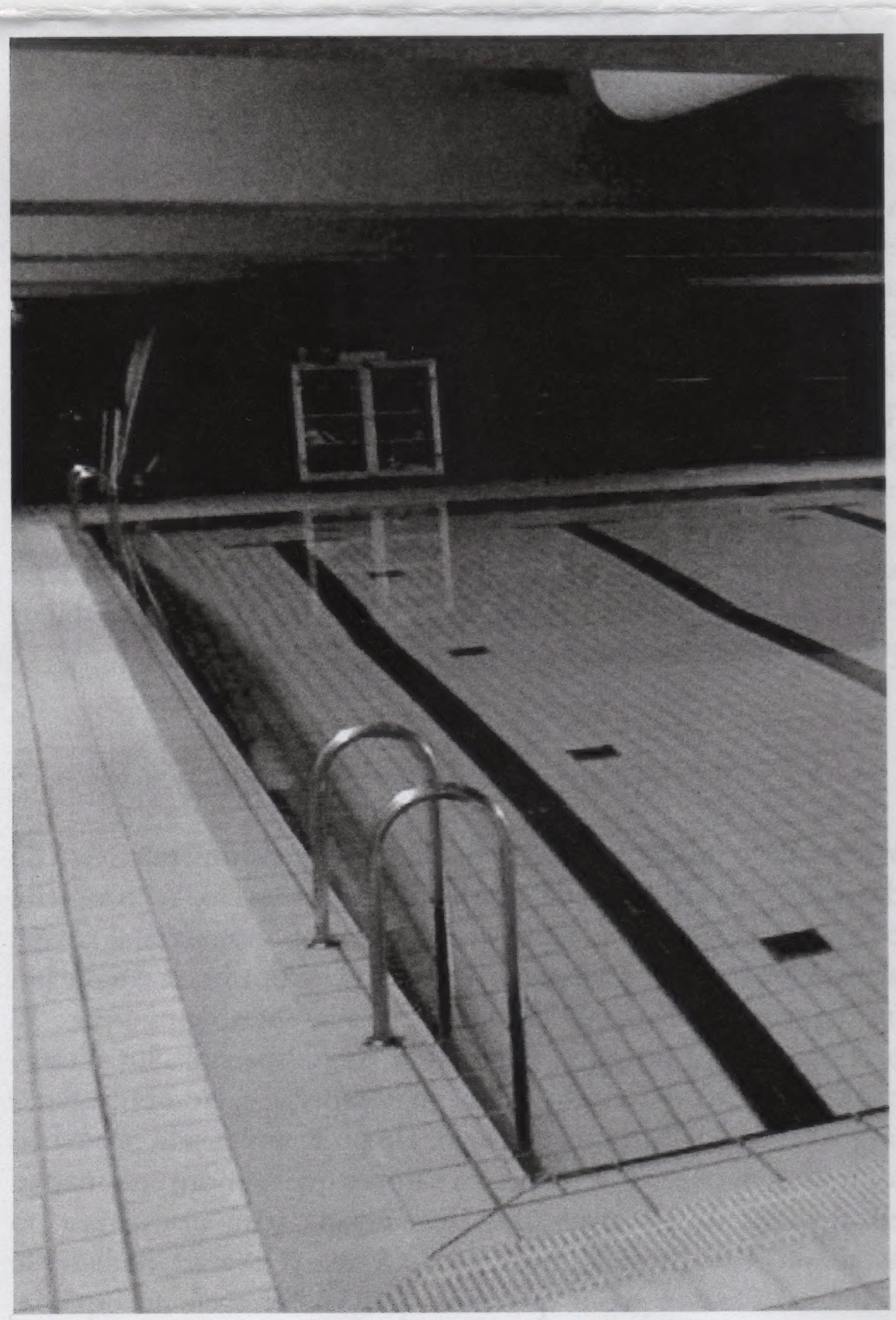
scan by Alan Vitale / mondocamp.com

Paré y me arreglé la malla, un poco corrida gracias a los movimientos del estilo. Miré al profesor, y seguí adelante. "¿Necesitás un transplante?", propuso a Gabriela. Hacía mucho calor, demasiado. Sentí un cambio de color en mi piel. Al terminar los ejercicios, al borde de la piscina, pregunté a Walter: "¿Es posible que la temperatura del agua esté más arriba de lo normal?". Y él respondió: "La pileta está como tiene que estar... No es un traje polar". Salí por la escalera lateral, agarré mi bolso y me fui a cambiar al vestuario. Afuera llovía mucho.

Clase 4

Una nueva señora invadió el carril de la anciana en rehabilitación. Apenas nadaba: lo hacía en zigzag. Sergio y yo la observamos un rato largo, parados al borde de la pileta, con los codos salidos, en el extremo de menor profundidad. Teníamos miedo de avanzar por el agua y tropezarnos con ella por accidente. Resolvimos esperar, suspender el inicio de los ejercicios, y ser partícipes de la situación en silencio, mientras que los varones del otro carril entrenaban con rapidez. Realmente extrañaba a la instructora de la anciana. Finalmente, esquivamos a la nueva señora y practicamos los estilos aprendidos hasta el momento. Walter se sumergió en la piscina, nadó hacia mí y concluyó con un "me cansé". "Ves, ahora sentís lo que yo siento", aporté. Siguió un estilo más: espalda. Algo estaba haciendo mal. Mi cabeza daba una y otra vez contra las sogas divisorias, las manos arrastraban el agua hacia mi cara. De pronto, mis antiparras se llenaron de líquido e hizo al profesor enfurecer. "Mujer...", sentenció tomándome la cara con una mano y acomodando el elástico de un tirón con la otra. Walter tenía fuerza. En el medio del carrill, mientras mis compañeros ejercitaban, aproveché para averiguar acerca de su vida. Supe así que era separado y tenía un bebé de un año que no sabía nadar. Se rió de mis interrogantes y me dejó sola. Antes de terminar la clase, quiso saber: "¿Hay algo que no hayas entendido?". "No", aseguré. "¿Estás segura? ¿Existe Dios?", insistió. "No quiero pensar en eso ahora", repliqué. Él sabía muy bien lo que yo tenía en mente.

25 metros, no muy profunda
Fanzine
Textos: Melik
Diseño: Melik + Po!
Septiembre 06
comounboomerang@yahoo.com.ar



scan by Alan Vitale / mondocamp.com